

AC 08 90

Hola, buenas noches. Comenzamos una nueva semana y les damos como siempre la bienvenida al espacio que la UNED propone a los alumnos del curso de acceso y a todos los oyentes interesados en la cultura y la extensión universitaria. Los profesores de la sede central se dirigen a los alumnos para que con sus explicaciones puedan profundizar en la diversidad de temas que aquí exponemos.

Otro de nuestros objetivos es captar la atención de todos los oyentes interesados en la historia, el arte, la literatura o la economía. En definitiva, en alguna de las 24 áreas de conocimiento que componen nuestra programación. Esta noche en nuestro programa, historia del mundo contemporáneo, el mundo de entreguerras y la gran depresión de los años 30.

Este periodo es el que va desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, con los llamados Felices Años 20 y la Gran Depresión de los Años 30, provocada por la caída de la Bolsa de Nueva York. De todo ello nos hablará la profesora Ángeles Ejido. Buenas noches, hoy efectivamente vamos a hablar del mundo de entreguerras y de la Gran Depresión de los Años 30.

Conocemos como periodo de entreguerras el que transcurre entre el final de la Primera Guerra Mundial y el comienzo de la Segunda, es decir, entre 1919 y 1939. Cronológicamente se corresponde con dos décadas bien diferenciadas entre sí. La década de los 20, los Felices 20, que fueron años de evasión, de recuperación, en los que Europa intentó superar el drama de la gran guerra que acababa de vivir.

Y la década de los 30, mucho más dura, en la que se inició desgraciadamente el camino hacia una nueva guerra. Ambas décadas están separadas por un hecho crucial que supuso una ruptura en todos los órdenes. Nos estamos refiriendo a la caída de la Bolsa de Nueva York en el año 1929, que provocó una enorme crisis en la economía mundial, conocida como el Cráctel XXIX, e inició la gran depresión que desembocaría en la Segunda Guerra Mundial.

En los minutos que siguen vamos a analizar brevemente los antecedentes de la depresión, sus características y sus consecuencias más evidentes. Para analizar los antecedentes debemos situarnos en el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial. Efectivamente, un acontecimiento tan trascendente como una guerra siempre acarrea profundas diferencias entre el antes y el después máximes si se trata de una guerra mundial.

Y de hecho, el mundo que apareció después de la Primera Gran Guerra fue esencialmente distinto del anterior. En el aspecto político, la guerra produjo una aparente consolidación y extensión de los regímenes democráticos de corte occidental que se establecieron en varios de los estados surgidos de la desmembración de los grandes imperios derrotados en la contienda. Pero en muchos casos estas democracias fueron efímeras, sobre todo en los países del este de Europa y del Mediterráneo, donde acabaron instalándose regímenes dictatoriales.

Así, en el periodo de entreguerras, Europa se debatió en medio de una dialéctica cada vez más enfrentada entre dictadura y democracia. En el aspecto social, la presión de los sindicatos, cada vez más fuertes, y la colaboración de los partidos socialistas con los partidos democráticos permitieron obtener un avance considerable en los sistemas de seguridad social y logros tan importantes como la implantación de la jornada laboral de ocho horas. Pero la guerra produjo, sobre todo, una profunda transformación de la estructura económica mundial.

Durante ella, los países contendientes inmersos en el esfuerzo bélico habían disminuido sustancialmente la producción dedicada a la exportación. Y ese vacío había sido cubierto con el desarrollo de industrias autóctonas en los países ultramarinos, especialmente en los Estados Unidos y en Japón. Por otra parte, el nuevo mapa político, con la aparición de los nuevos estados, dificultó sobremanera los intercambios comerciales en la propia Europa, al multiplicarse las fronteras y con ellas las consiguientes barreras aduaneras.

Pero el problema económico fundamental de la posguerra sería el círculo deudas interaliadas reparaciones. Los estados vencedores habían financiado sus gastos bélicos con préstamos concedidos por los Estados Unidos y, para pagar estos créditos, necesitaban a su vez cobrar las indemnizaciones que los tratados habían fijado para los países vencidos, especialmente para Alemania. Si Alemania no pagaba a Francia y Gran Bretaña, Francia y Gran Bretaña no podrían pagar a los Estados Unidos.

Alemania y Austria, que no habían contraído durante la guerra deudas exteriores de consideración, recurrieron, una vez terminada esta, también a los Estados Unidos para obtener créditos que les permitieran afrontar su reconstrucción y, sobre todo, pagar las reparaciones por los daños ocasionados a los aliados. Estados Unidos se convirtió así en el gran banquero de Europa, se creó un círculo financiero que revelaría pronto la falsedad de sus cimientos y acabaría derrumbándose con la bolsa de Nueva York en 1929. Durante un tiempo, no obstante, el andamiaje se sostuvo.

Alemania pudo hacer frente a sus pagos hasta 1923. En 1923 declaró que no podía seguir pagando y, para resarcirse, franceses y belgas decidieron ocupar la cuenca minera del Ruhr. La situación se resolvió concediendo un nuevo préstamo a Alemania mientras se aplazaba el pago de las reparaciones y los franceses accedían a retirarse del Ruhr.

Entre 1924 y 1929 pareció que podría mantenerse una cierta estabilidad. Fueron los años de prosperidad, los felices 20, que se vivieron sobre todo en Norteamérica en medio de una prosperidad más aparente que real, cimentada en el desarrollo de nuevas industrias como la industria del automóvil o la más conocida industria del cine. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la rivalidad franco-alemana vivió también momentos de relajación, debido en gran medida a la actitud conciliadora de hombres como Briand por parte francesa y Stresemann por parte alemana, mientras la aplicación del Plan Dawes facilitó el pago razonable de las reparaciones.

Esta era de paz alcanzó su punto álgido en 1925 con los Acuerdos de Locarno, por los que

Alemania, Francia y Bélgica acordaron respetar sus respectivas fronteras, mientras Polonia y Checoslovaquia prometían no alterar la suya sin previa negociación. La era de confianza en la paz, ratificada con la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones, el principal organismo internacional de la época en 1926, y la firma del Pacto Briand-Kellogg entre Francia y Estados Unidos de renuncia a la guerra en 1928, hacía pensar que Europa sería capaz de alejar para siempre el fantasma de una nueva guerra. Cuando parecían superarse las principales dificultades derivadas de la guerra, se manifestaron, sin embargo, de golpe todas las contradicciones que ésta había producido.

La desigual distribución de la riqueza, la crisis crónica de la agricultura, más la difícil reconstrucción de la economía europea en la paz, acabarían desencadenando la mayor hecatombe económica del siglo XX, la crisis mundial de 1929. Inicialmente, la crisis fue un hecho americano, aunque luego sus consecuencias alcanzarían a todo el mundo. En los Estados Unidos, las diferencias entre una minoría cada vez más rica y una mayoría cada vez más pobre acabarían por hacer explotar literalmente la economía.

Aunque la minoría enriquecida continuaba generando más riqueza, ampliando sus empresas, esta expansión se apoyaba en el aumento del consumo, y como la mayoría pobre vio cada vez más disminuido su poder adquisitivo, se produjo la inevitable crisis de superproducción. Es decir, la población norteamericana no podía absorber todas las mercancías que producía, o dicho de otro modo, la oferta superó a la demanda. Este desequilibrio intentó paliarse arbitrando dos mecanismos, la exportación de capitales, una parte importante en forma de créditos y préstamos a otros países, y la venta a plazos, para estimular la demanda interna.

Las dificultades de la agricultura fueron más difíciles de solucionar. El descenso de la producción triguera europea a causa de la guerra había beneficiado a la economía agrícola norteamericana, pero con la paz la producción europea se recuperó y ya no fue necesario recurrir a la importación. El precio del trigo se hundió y con él se hundieron miles de agricultores norteamericanos.

Lo mismo ocurrió con otros productos como el algodón, el café, el cacao, el azúcar, etc. El jueves negro, el tristemente famoso jueves negro, 24 de octubre de 1929, se hundió la bolsa de Nueva York, y con ella la economía mundial. La crisis se manifestó, como decíamos, primero en Norteamérica, y tuvo un carácter de quiebra financiera.

Se había estado jugando a un juego peligroso, comprar acciones en bolsa, costeadas a base de créditos, y obtener rápidos beneficios que permitían reembolsar esos créditos, siempre que las acciones siguieran subiendo. En el momento en que comenzaron a bajar, se desató el pánico entre los inversores. Muchos accionistas tuvieron que vender sus acciones para pagar las deudas a los bancos, y la venta hizo bajar las cotizaciones, lo que a su vez provocó más necesidad de vender.

Este círculo vicioso fue el que hundió la bolsa de Nueva York. La ruina de la bolsa obligó a muchos inversores a retirar sus ahorros de los bancos, y estos, al no poder hacer frente a

tantos pagos a la vez, quebraron en masa. La cadena se extendió a la industria, descendieron las compras y, en consecuencia, la producción y los beneficios.

Esto provocó a su vez que aumentara el paro y que descendieran los salarios, con la consiguiente disminución del poder adquisitivo. Era una rueda que giraba sobre sí misma y que no parecía tener freno. Los países europeos también se resintieron.

El gobierno norteamericano prohibió la salida de dólares y los capitales norteamericanos, invertidos sobre todo en Alemania, comenzaron a ser repatriados. El comercio mundial también acusó el golpe, ante el descenso de la capacidad de compra norteamericana. Desde el punto de vista social, el paro fue el aspecto más doloroso y evidente de la crisis.

El impacto de la crisis fue tan fuerte que, aun cuando sus efectos se atenuaron y se disiparon los temores de un derrumbamiento inminente, persistió la sensación de precariedad e inquietud. El economista británico John Maynard Keynes, funcionario del Tesoro y experto en temas financieros, que ya en 1919 había reflexionado sobre las consecuencias económicas de la paz, se preguntaba, en 1933, adelantando las conclusiones de su libro Teoría del empleo, el interés y la moneda, sobre el destino del régimen capitalista. Sus teorías, destinadas a reforzar el papel del Estado y sobre todo su intervención en la economía, en aparente detrimento de la tradicional iniciativa privada, conmovieron los principios fundamentales del capitalismo.

Escribía Keynes en 1936, el ensanchamiento de las funciones del Estado, necesario para la adaptación recíproca de la propensión a consumir y de la incitación a intervenir, parecería a un publicista del siglo XIX o a un financiero americano de hoy, una horrible infracción de los principios individualistas. Este ensanchamiento nos parece lo contrario y el único medio para evitar una completa destrucción de las instituciones económicas actuales y la condición para un feliz ejercicio de la iniciativa individual. En realidad, al revisar la estructura del capitalismo liberal y la función del Estado, que cada vez se fortalece más, lo que estaba haciendo era poner en marcha el tránsito del capitalismo clásico hacia el neocapitalismo, modelo que se afianzaría de la mano del presidente Roosevelt en los propios Estados Unidos.

Por el momento, las consecuencias de la crisis se dejaron sentir en tres direcciones generales. En el aspecto económico, triunfó el nacionalismo. Los estados recurrieron al proteccionismo, es decir, elevaron los derechos arancelarios para reducir las importaciones y devaluaron la moneda para facilitar las exportaciones.

El caso paradigmático, el caso ejemplar, será como veremos el New Deal de Roosevelt, aunque Francia más tardíamente y también Gran Bretaña se dejarán arrastrar por esta tendencia. Tendencia que será llevada a su último extremo la autarquía económica, una economía cerrada basada en el autoabastecimiento por Italia y por Alemania. Se recurrió también a los intercambios bilaterales tratando de asegurar al menos el comercio entre dos países.

Se generalizaron las tarifas aduaneras elevadas e incluso se establecieron límites, cuotas determinadas para las importaciones. En el plano político, las tendencias autárquicas incitan a

extender el territorio nacional, que en el caso alemán se justificará con la necesidad de espacio vital, mientras la economía dirigida desde el Estado pone en solfa a las viejas instituciones democráticas. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, finalmente, el afianzamiento del nacionalismo, ya sea económico ya político, se traduce en una cada vez mayor desconfianza de los mecanismos de cooperación internacional, desconfianza que acabaría desacreditando al principal organismo internacional de la época, la sociedad de naciones, y desembocando en la Segunda Guerra Mundial.

La Conferencia Económica y Monetaria Internacional, reunida en Londres en 1933, para tratar de frenar la fragmentación del mercado mundial y arbitrar medidas conjuntas que paliasen las consecuencias de la crisis, fracasó. Un año antes, Alemania se había negado a seguir pagando las reparaciones y, en consecuencia, Francia y Gran Bretaña incurrieron en graves retrasos en el pago de sus deudas a Estados Unidos, que se negó por su parte a conceder nuevos créditos. Cada país, en cualquier caso, se vio obligado a adoptar medidas, sus propias medidas, para hacer frente a la nueva situación.

Sin duda, las más espectaculares fueron las arbitradas por el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, que llega al poder en noviembre de 1932 y toma posesión en marzo de 1933. Roosevelt aplicó un programa de reformas en New Deal, nuevo trato, nuevo reparto, destinado a salvar el sistema económico norteamericano y apoyado en tres pilares. La necesaria intervención estatal, el derecho legal de los trabajadores a autoorganizarse y la obligación del Estado apoyar a los ciudadanos más desprotegidos.

Su primera medida fue dirigida a los bancos sobre los que el gobierno se reservaba, a partir de ahora, una autoridad incondicional. A la vez, utilizando el poder del nuevo medio de comunicación, la radio, intentó convencer a los americanos de que podían confiar de nuevo en los bancos y, en consecuencia, ingresar de nuevo su dinero en ellos. El siguiente problema a afrontar era el paro.

El Estado se convirtió en el gran patrón, obteniendo dinero del aumento de los impuestos a los más ricos, dinero que invirtió en obras públicas, construcción de carreteras, puentes, escuelas, hospitales, que dieron empleo a los parados. Se arbitraron también importantes medidas en materia de legislación social. La Ley de Seguridad Social, en agosto de 1935, fue quizá la más importante.

También se acordó de los granjeros, uno de los sectores más afectados por la crisis, aprobando en mayo de 1933 la Ley de Ajuste de la Agricultura, destinada a equilibrar la producción agrícola. Los agricultores deberían limitar su producción pero, a cambio, recibirían subvenciones del Estado, o sea, se les pagaría por no producir. La Ley de Recuperación de la Industria Nacional trató, finalmente, de equilibrar la producción industrial, regularizando y mejorando también las condiciones de trabajo, horarios máximos, salarios mínimos, abolición del trabajo de los niños, derecho de los trabajadores a organizarse sindicalmente, etc.

Aspectos todos plenamente garantizados y ampliados por la Ley de Relaciones Laborales de

1935. Creó, por último, la Administración de Obras Públicas, que tuvo un papel esencial en la recuperación económica al diseñar un amplio proyecto de obras públicas en todo el país. Un proyecto que disminuyó el paro, estimuló la industria privada y contribuyó decisivamente a la superación de la crisis.

Aunque Roosevelt se atrajo la enemistad de los grandes empresarios, incluso el Tribunal Supremo llegó a declarar anticonstitucionales algunas leyes, Roosevelt ganó las elecciones del 36, ganó las del 40 y volvió a ganar las del 44. Y su modelo de nuevo capitalismo, caracterizado por una intervención estatal correctora, estaría en la base de los sucesivos gobiernos norteamericanos que continuarían fundamentalmente la misma línea de actuación. Un ejemplo magnífico del talante de Roosevelt quedó reflejado en estas palabras.

La civilización es un árbol que, a medida que crece, produce madera podrida y muerta. Los radicales dicen cortémoslo, los conservadores no lo toquemos. Yo ofrezco un compromiso, podémoslo, de modo que no perdamos ni el viejo tronco ni las nuevas ramas.

A Francia y Gran Bretaña la crisis llegaría más tarde, pero no con menos fuerza. En Gran Bretaña aumentó alarmantemente el desempleo, disminuyeron las exportaciones y las reservas del Banco de Oro de Inglaterra, como consecuencia del grave déficit de la balanza comercial. En septiembre de 1931, Gran Bretaña había abandonado el patrón oro, es decir, el Banco de Inglaterra no cambiaría en adelante libras por oro.

La devaluación de la libra, como la de otras monedas europeas, pretendía hacer más competitivas las mercancías inglesas. En el verano de 1932, en la conferencia de Ottawa, se acordó que cada país miembro de la Commonwealth, la comunidad británica de naciones, daría preferencia en sus importaciones a los productos provenientes de los países que la integraban. En cuanto a Francia, la inmediata posguerra supuso para ella un aumento de la prosperidad.

Se desarrolló enormemente la industria del automóvil, la eléctrica, la química y la siderúrgica, impulsada por la anexión de Alsace y Lorena y sus minas de hierro y fábricas de acero. La crisis mundial tardó en llegar, en parte porque Francia tenía menos interconexión con el mercado mundial, pero aunque no fue tan violenta, fue más prolongada, en buena medida por la indecisión de los gobiernos, fruto a su vez de su corta duración. Hasta 1935 no se adoptaron medidas destinadas a paliar la crisis y para entonces la situación económica ya se había complicado con graves problemas políticos.

Pero la crisis económica alcanzaría sus máximas consecuencias políticas en dos de las naciones particularmente afectadas por la guerra, Italia y Alemania. Italia era uno de los países que habían quedado insatisfechos con el acuerdo de paz. Los italianos se consideraron postergados en el reparto de posguerra, no habían obtenido ni la costa yugoslava ni participado en el reparto de Turquía y de las colonias alemanas y su orgullo nacional había quedado mal parado.

A este descontento generalizado vinieron a sumarse los efectos de la crisis. Los gastos de la guerra habían desembocado en la inflación, la industria desarrollada con fines bélicos no

afrontaba bien la reconversión en la paz y el desempleo empezaba a hacerse notar. Todos estos factores permitieron a Benito Mussolini hacerse con el poder después de organizar en octubre de 1922 la marcha sobre Roma, una jugada política arriesgada pero para él crucial.

Mussolini era un conductor hábil, camaleónico, sin ideología, lo que le permitía adaptarse rápidamente a las circunstancias sin el menor escrúpulo moral. Una vez en el poder la política económica del fascismo se orientó hacia la autarquía, es decir hacia el autoabastecimiento para reducir al mínimo las importaciones, paliar el paro y contrarrestar los efectos de la crisis económica de 1929 que se notaron especialmente en Italia a partir de 1933. Se impulsó sobre todo la producción de trigo mientras la creación del Instituto de la Reconstrucción Estatal, el IRI, destinado a ayudar a las empresas en dificultades, acabó absorbiendo la mayoría de ellas.

A Mussolini le saldría un discípulo aventajado que iría mucho más lejos que su maestro Adolf Hitler. Hitler que había fracasado en su intento de tomar el poder mediante un golpe de estado en 1923, tras pasar un tiempo en la cárcel donde escribió su libro *Mein Kampf*, mi lucha, que se convertiría en el programa político del nazismo, se convenció de que debía llegar al poder por medios legales. Su partido, el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, más conocido por su abreviatura nazi, era minoritario y poco fuerte políticamente pero poco a poco fue ganando votos hasta llegar a controlar el gobierno.

En ese paulatino ascenso le ayudó mucho la difícil situación económica alemana que acusó el impacto de la crisis mundial con especial virulencia hacia 1932. El paro, la crisis agrícola, el crecimiento de la deuda exterior como consecuencia del pago de las reparaciones de guerra, habían conducido a Alemania a una situación crítica que Hitler supo aprovechar en su propio beneficio. Los alemanes asimilaban paulatinamente la propaganda nazi que culpaba de todos los males a las potencias extranjeras y al judaísmo internacional, a la democracia y a los políticos alemanes que habían aceptado las humillantes cláusulas del tratado de Versalles, especialmente las reparaciones impuesto por los vencedores.

En enero de 1933, de manera totalmente legal, los nazis llegaron al poder. Hitler se convirtió en el líder indiscutible. Su audacia, su carencia de escrúpulos y su fácil y visceral oratoria, que enervaba a las masas apelando más al sentimiento que a la razón, llegaron al pueblo alemán angustiado por el paro y humillado por la derrota.

La doctrina del nazismo, como la del fascismo, era lo suficientemente vaga como para llegar a amplios sectores de la población. Se basaba en el culto a la acción, en el desprecio de la razón, en el control de las masas a través de la propaganda, en la simplificación del enemigo, el judío, y en la exaltación paranoica del nacionalismo. Fácil cebo para una Alemania tardíamente unificada, necesitada de afirmarse como nación, humillada por la derrota en la guerra y aplastada moralmente por el reconocimiento explícito de su culpa.

El nazismo apelaba, además, al orgullo alemán con el mito de la raza aria, una raza superior a la que pertenecían todos los alemanes sin sangre judía, exaltada convenientemente como aliento del nacionalismo, tergiversando sin escrúpulos elementos de los grandes pensadores y

filósofos alemanes desde Fichte o Hegel hasta Goethe o Nietzsche. Una vez en el poder, los nazis aplicaron una política económica que fue todo un éxito. Un éxito porque se apoyó en el rearme descarado, violando abiertamente las cláusulas del tratado de Versalles.

La producción destinada a la futura guerra permitió reducir el paro, reactivar la industria y devolver la confianza a los empresarios que volvieron a invertir. Supieron combinar hábilmente los postulados de la economía planificada y de la economía de mercado, conduciendo a Alemania a una situación de aparente bienestar que no era sino el preludio de calma que precede a la tormenta de una nueva guerra. Diez años después de la caída de la bolsa de Nueva York y de la depresión económica que se extendió por Europa durante la década de los 30, y en buena medida como consecuencia de ella, el mundo hubo de enfrentarse a una nueva crisis bélica de consecuencias todavía más duras que la anterior.

El curso de acceso ha sido el último programa de la UNED en el día de hoy. Mañana comenzaremos a nuestra hora habitual. Nuestro primer programa será el de formación del profesorado.

Continuaremos con Ingeniería Técnica de Informática. Nuestro siguiente espacio estará dedicado a la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y para acabar el curso de acceso. Gracias por acompañarnos.

Muy buenas noches. No sé qué pasa, ni qué quieren de mí. Suena el teléfono, una risa sin fin.

Esto es horrible, no me dejan vivir. Lájese en el contestador, de qué es horrible, ya no sé ni quién soy. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido. Salgo de casa y me marcho a un hotel. A estos botones no me miran muy bien.

Soy como un mono a quedarme a comer. Ya se preparan para verme caer. Si me llamas y sonara tu voz, o de un teléfono hasta en el extensor, todo sería de distinto color.

Si tú volvieras y me dieras tu amor. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido.

No sé qué pasa, ni qué quieren de mí. Suena el teléfono, una risa sin fin. Esto es horrible, no me dejan vivir.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Me siento tan perdido cuando tú te vas.